

Agentes de paz: la potencia generativa de lo cotidiano

Peace agents: the generative power of the ordinary

MARÍA DEL PILAR GÓMEZ DUARTE

Universidad Central, Bogotá - Colombia
pilargduarte88@gmail.com

LUIS EDUARDO GONZÁLEZ LÓPEZ

Universidad Central, Bogotá - Colombia
luis.gonzalezlopez25@gmail.com

Resumen

Las reflexiones que aquí se presentan aluden a una investigación-intervención comprometida con la construcción de culturas de paz en contextos cotidianos, en los cuales se ha instalado una cultura de la violencia que se invisibiliza y naturaliza como manera privilegiada de resolver los conflictos. A partir de la información que emerge de las conversaciones y enunciaciones recogidas en un proceso de intervención realizado con integrantes de la escuela de padres de un colegio público en la ciudad de Bogotá, se presentan resultados en clave de categorías e intuiciones locales útiles para la comprensión y el abordaje de procesos de construcción de culturas de paz, las cuales aluden a las diferentes conexiones que emergen entre los conceptos de paz, memoria y tejido social, entre las cuales se encuentran: la paz es un ejercicio que empieza conmigo; la paz se teje en las conexiones con los otros; la paz necesita una memoria sensible y la memoria invita a fortalecer las redes.

Palabras clave: Cultura de paz, resolución de conflictos, memoria colectiva, tejido social, construccionismo social, intervención social

Abstract

The reflections presented here emerge from a research-intervention process focused in the construction of peace cultures in ordinary contexts and relationships, characterized by a culture of violence that has become invisible and naturalized as a privileged conflict resolution pattern. The information that emerges from the inner conversations between the participants of an intervention process developed with members of the parents association of a public school in Bogota, is presented here in terms of useful local categories and intuitions to understand and approach peace culture construction processes, referring to the different connections that appear between the concepts of peace, memory and social fabric, such as: peace, an exercise that begins with me; peace, built in the connections with others; peace needs a sensitive memory; and memory promotes the strengthening of networks.

Key words: Peace culture, conflict resolution, collective memory, social fabric, social constructionism, social intervention

1. La paz como una construcción social

En la forma en que la paz (y la violencia) serán comprendidas desde este artículo, se parte de la premisa construccionista social de que la realidad se construye socialmente en el lenguaje como un acto humano de tipo eminentemente relacional (Gergen y Gergen, 2011), de lo cual se desprende que no podemos hablar de la realidad como una categoría ontológica transparente, esto es, como algo que existe con independencia de quien observa (Maturana, 1997, Ibáñez, 2001 y Gergen, 2007). Por lo tanto, la realidad no está dada, existe en y a partir de los juegos del lenguaje en los cuales el significado es socialmente construido. Las implicaciones políticas de esta forma de comprender el mundo son enormes, pues supone, en resumidas cuentas, que la realidad así entendida es susceptible de transformarse.

Al mismo tiempo que el construccionismo social cuestiona el carácter pre-discursivo de la realidad, plantea una fuerte crítica a la concepción tradicional del significado que otorgamos a las cosas como una operación cognitiva con carácter preminentemente individual. Gergen (1996) aclara que esta idea haría que la comprensión interpersonal fuera imposible, dado que existen dos mundos – el externo y el interno – pero solo se tendría acceso al propio y no al de los otros.

En una línea de argumentación cercana, el construccionismo cuestiona la idea del lenguaje como representación, es decir, la idea de que las palabras son un reflejo de la realidad. Para Shotter (2001) concebir la formación de los significados en las palabras, a partir de lo previo a su uso, sería intentar quitar a las personas el derecho a tomar parte en el desarrollo de un tema conversacional con otros

y de efectuar una contribución propia a este espacio. Con lo cual, el autor está señalando su preocupación por el carácter de agente social del que privamos a las personas desde esta idea del lenguaje como representación, pues en el acto de conversar, no están participando en la construcción de sus mundos sociales.

Es precisamente ese reconocimiento de la capacidad de agencia que tienen las personas, lo que, en sintonía con Ibáñez (2001), nos motiva a prestar especial atención a aquello que ocurre en las relaciones sociales como un nivel de análisis privilegiado para comprender la construcción social de los significados sobre la paz.

Pearce (1994) indica que el lenguaje *construye* mundos sociales, donde la comunicación tiene un carácter primario. Gergen (1996) propone al respecto las siguientes ideas: a) Un individuo aislado no puede generar significado, por lo tanto, se necesita de otro que complemente su acción y darle así una función en la relación. “Comunicar es por consiguiente el privilegio de significar lo que otros conceden” (Gergen, 1996: 321). El significado se encuentra en el vínculo entre las personas y es allí donde se puede complejizar su formación o limitar sus posibilidades. b) Es importante observar el significado de acuerdo a su carácter temporal, debido a que se encuentra en constante modificación a través de acciones complementarias con los otros. Nuestra capacidad para significar en las relaciones adquiere su sentido gracias a la historia de interacciones previas, lo que muestra que lo relacional es una prolongación de la sociedad como un todo.

Según Shotter (2001), es necesario reconocer que en el fondo conversacional de nuestra vida existen muchas maneras de hablar que, al ser compartidas en las relaciones, permiten 1) saber qué tipo de conocimiento es

necesario en cada situación, habilidad que puede ser impulsada de acuerdo al sistema cultural del que se haga parte; y 2) reflexionar acerca de las realidades que estamos construyendo juntos en el lenguaje y de qué maneras podríamos hacerlo diferente, lo cual invita a revisar la manera como usamos las palabras en la cotidianidad.

Esta última afirmación lleva a reconocer, de acuerdo con Shotter (2001), que en la comunicación los significados son únicos, porque adquieren sentido a partir de su contexto inmediato. En conexión con esta idea, Gergen (1996) aclara que las acciones llegan a tener significado dentro de secuencias relativamente estructuradas. Este elemento es de suma importancia para adquirir la coordinación mutua, lo cual hace que el significado se vuelva transparente para sus participantes. Sin embargo, a medida que nuestras vidas pasan, el dominio de las relaciones se va expandiendo y cambiando, lo cual genera cierto grado de novedad en las mismas.

A propósito de lo anterior, Shotter (2001) advierte que en las acciones conjuntas existen ciertas zonas de incertidumbre: cuando las personas coordinan su actividad con otras, el resultado de este encuentro es impredecible y puede llegar a cambiarnos. En ese sentido, en la medida que todos participamos – a nuestra manera- podemos ser los autores de nuestras realidades y de nosotros mismos.

El presente trabajo propone la mirada del construccionismo social para mostrar que el fin del conflicto armado en Colombia, además de ser comprendido como un proceso de carácter histórico, político, económico y social; también puede involucrar la participación, y es más cercano a la sociedad civil cuando se considera que las personas pueden ser 1) agentes de paz en sus relaciones cotidianas y 2) ciudadanas y ciudadanos que comparten con el Estado la

responsabilidad de generar nuevas alternativas que dejen de naturalizar la violencia y superen la indiferencia.

1.1. Retos para la construcción de la paz

Actualmente Colombia se encuentra viviendo un momento coyuntural como sociedad, dado que a partir de los acuerdos celebrados entre el gobierno colombiano y las FARC- EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), nos encontramos ante un escenario que supone un reto para la construcción de una paz estable y duradera, al cual se ve llamada a responder la sociedad colombiana en su conjunto, sobre todo, teniendo en cuenta que la población civil ha sido la más afectada por el conflicto armado.

Aunque la implementación de los acuerdos busca dar fin a un conflicto que se ha caracterizado por el uso persistente de diferentes formas de daño y la presencia de múltiples actores armados con posiciones muy dispares, la realización de este proceso ha demostrado ser un reto que enfrenta diferentes condiciones problemáticas que llevan a naturalizar la violencia e imposibilitan consolidar y llevar a cabo este propósito: 1) la desigualdad social/económica; 2) el desarrollo de procesos históricos violentos y excluyentes; 3) la polarización como una forma negativa de ver a los otros; y 4) la invisibilización del conflicto armado en espacios urbanos.

En primer lugar, la desigualdad social y económica en el país – descrita por Londoño de la Cuesta (1997) como pobreza, falta equitativa de la distribución de los ingresos y oportunidades educativas y laborales - es considerada por Galtung (2003) como una forma de violencia estructural, donde las condiciones opresivas de las estructuras sociales, políticas y económicas impiden el

desarrollo de las personas. Este factor dificulta la creación de estrategias de paz en la sociedad civil, dado que es necesario contar con una estructura básica de condiciones de vida y derechos. En relación con lo anterior, ya hace algunos años Higueta aclaraba que, “de alcanzarse un acuerdo político definitivo sobre el conflicto armado, el conflicto social sigue vigente en tanto hay un modelo económico y político por transformar” (Higueta, 2014: 489).

Asimismo, tras la prolongada vivencia de un conflicto con estas dimensiones, nos encontramos actualmente con que la agresión y la violencia, son aspectos culturales del ser colombianos y colombianas que se encuentran muy arraigados como formas de tramitar los conflictos, en tanto se ha aprendido que hacer daño a los demás es una forma válida, efectiva y rápida para dirimirlos. Así parecen confirmarlo los índices crecientes de violencia reportados por la Policía Nacional de Colombia (PONAL, 2020) para el año 2019, encontrando 110.498 casos de violencia intrafamiliar, 34.583 delitos sexuales, 46.473 amenazas contra la integridad, 115.394 casos de lesiones personales y 12.558 homicidios en todo el territorio nacional (sin mencionar las denuncias por delitos contra la propiedad). Por otro lado, el Sistema Integrado de Información sobre Violencias de Género (SIVIGE, 2020), reporta para el 2018 un total de 91.052 casos de violencia de género en el país, de los cuales 52.548 son de violencia física, 29.804 de violencia sexual y 8.700 de violencia psicológica. Asimismo, este sistema reporta para el mismo año 468 homicidios relacionados con violencia por razones de género, de los cuales 252 están asociados a violencia intrafamiliar, 171 fueron perpetrados por la pareja o ex pareja de la víctima y 45 responden a la identidad de género y/o la orientación sexual de la víctima.

Esto es un ejemplo de lo que Galtung (2003) denomina violencia cultural, término que se refiere a aquellos aspectos de la cultura – desde lo simbólico, religión, ideología, arte y lengua – que legitiman la violencia tanto estructural como directa, haciendo que se las justifique y perciba cargadas de razón. A propósito de este fenómeno, Bourdieu (1999) advierte sobre la violencia simbólica para describir la manera en que los agentes sociales, en el mismo proceso de socialización, aceptan (de manera no necesariamente consiente o voluntaria), las estructuras objetivas del mundo social, incluso cuando puedan resultarle violentas, en la medida que la incorporación de dichas disposiciones deviene constitutiva del mismo agente social y le otorga cierto sentido del lugar que ocupa en el mundo. De este modo, la naturalización de estructuras que pueden resultar violentas e injustas, así como la sensación que lo acompaña de estar sometido a un determinado orden de las cosas, emerge en el mismo proceso de aplicar a la comprensión del mundo las categorías que el agente ha incorporado de éste.

En ese sentido, la violencia cultural o simbólica, además de ser evidente en cuanto a los daños que ha dejado el conflicto armado, también se ha desarrollado en las relaciones cotidianas. Pineda y Otero (2004) mencionan que “la construcción cultural de las identidades ha estado afectada por una amplia violencia en el campo de lo doméstico, la cual se superpone a otras expresiones políticas y sociales” (p. 1).

Otro efecto palpable del conflicto armado en Colombia tiene que ver con considerar la diferencia de opiniones o preferencias como una amenaza. Esto se hizo particularmente evidente en el debate público generado por los diálogos de La Habana, donde Charry (2014) explica que las posturas sobre ellos se vieron polarizadas, lo cual ha dado como resultado el incremento de la apatía y desconfianza.

Wieland (2009) aclara que la participación de la sociedad civil en este tipo de contextos de alta polarización puede volverse problemática, dado que las personas con diferentes formas de pensar se pueden ver estigmatizadas, lo que, en nuestro contexto, entre sus expresiones más crudas, se ha traducido en la persecución y asesinato de líderes sociales y excombatientes de las FARC. De acuerdo con El Espectador (2019), según las cifras presentadas por Indepaz y Marcha Patriótica en el informe “Todos los nombres, todos los rostros”, es posible hablar de 702 líderes sociales y 135 excombatientes de las FARC asesinados desde enero de 2016 hasta mediados de 2019. Por su parte, el periódico El Tiempo (2019), en un balance del fenómeno para el año 2019, afirma que la cifra de líderes sociales asesinados asciende a 250, mientras que 600 defensores de derechos humanos recibieron amenazas contra su integridad al cerrar este año.

En relación con lo anterior, Becker, Chasin, Chasin, Herzig y Roth (2000) mencionan que, al presentarse un tema de interés público, existe un discurso dominante que determina una línea bipolar entre ganar y perder, lo que conlleva a que se muestren respuestas simplistas frente a un tema complejo. Es aquí donde se incurre en una generalización excesiva sobre el otro y cada uno habla desde su propia postura, defiende sus puntos de vista, desafía, ataca a su adversario y trata de persuadirlo.

En cuanto a la elaboración de relatos sobre el otro que resultan ser de naturaleza polarizada, Jaramillo (2008) presenta una reflexión sobre la influencia que generan los medios de comunicación en la opinión pública sobre los procesos de desarme o fin del conflicto. Cuando las palabras sobre una noticia intensifican o exageran una situación, se deja de mostrar los hechos en contexto y solo se presenta una única mirada. Esto ha

contribuido a que se genere confusión y se oculte información.

En una línea cercana, Borja, Barreto, Álzate, Sabucedo y López (2009) realizaron un estudio que buscaba comprobar si el paso de la violencia política a un proceso de paz, exigía el cambio de las creencias que mantenían la disputa en ambas partes. Encontraron que efectivamente no modificarlas dificulta alcanzar un clima de confianza, se continúa la deslegitimación del otro y por lo tanto no se pueden generar puntos de encuentro entre las identidades enfrentadas.

Otro factor que se considera de suma importancia para comprender los efectos del conflicto armado consiste en observarlos de acuerdo a su ubicación geográfica. González (2004) realizó una revisión sobre los estragos que ha dejado el conflicto armado en Colombia y encontró que las zonas territoriales más afectadas corresponden a espacios rurales como el norte, parte andina, sur y suroriente del país, dado que son corredores geográficos para el desplazamiento y manejo de recursos. No obstante, son estos lugares del país los que registran experiencias exitosas de comunidades que, a pesar de sufrir hechos victimizantes, han logrado establecer culturas de paz sostenibles a través del bienestar social y económico.

Sin embargo, Pérez (2006) aclara que la violencia en el marco del conflicto armado pudo tener sus comienzos en las zonas rurales, pero en las ciudades también se encuentra presente con distintas maneras de funcionamiento. Por ejemplo, el autor indica que, en Bogotá, la presencia de grupos paramilitares tuvo su entrada por Soacha, Usme y Ciudad Bolívar, consolidando su presencia con el crimen local.

En ello coincide Pinzón (2007), quien afirma que la acción paramilitar en Altos de Cazucá (Soacha) se caracteriza por el uso de la fuerza, amenaza, imposición y persuasión

sobre la comunidad, mientras sostienen disputas con otros actores armados por el control territorial. Asimismo, ellos establecen el orden social - clasificación que afecta particularmente a los jóvenes dado que son blanco de reclutamiento para pandillismo - y su presencia se yuxtapone con el narcotráfico y la delincuencia común y organizada.

A propósito de esto, Sacipa (2003) realizó una investigación sobre los significados de la paz que han sido construidos por 120 hombres y mujeres de diferentes edades y estratos socioeconómicos en la ciudad de Bogotá. Uno de los resultados más relevantes consistió en notar la disposición que tenían las personas participantes en promover la paz a través del establecimiento de interacciones familiares, caracterizadas por el diálogo, respeto y amor. Asimismo, se resalta la participación en espacios públicos como lo laboral y comunitario.

Como vemos, aunque la presencia y efectos del conflicto armado se manifiestan de forma diferente en áreas urbanas como la de Bogotá y sus alrededores (en contraste con las disputas por el territorio, la intimidación del campesino y de las comunidades étnicas que los habitan, los desplazamientos forzados tanto individuales como masivos, los asesinatos selectivos y las masacres a poblaciones enteras, entre otras formas propias de la guerra en el espacio rural), al parecer este fenómeno se considera un proceso lejano y ajeno – al asumir que ocurre en otro lugar y no afecta directamente a la mayoría de personas en la urbe-, lo cual lleva a establecer como problemática su invisibilización, basada en una desconexión emocional que fomenta el olvido.

Al respecto, son esclarecedoras las reflexiones que hace la antropóloga Elsa Blair para el caso colombiano, quien afirma que las atrocidades propias del conflicto armado “inducen progresivamente, en el plano local

sobre todo, la división de la sociedad y la difusión del clima de guerra” (Blair, 2004: 176). En un contexto como el que resulta de esta violencia exacerbada, nos encontramos frente a “una situación de hecho que no cuestiona las rutinas de la violencia y las situaciones de terror son muchas veces invisibilizadas por la banalización de la violencia” (Pécaut, 2001, en Blair, 2004: 176). Por su parte, Cancimance (2014), llama la atención sobre el fenómeno invisibilizado y poco atendido de los desplazamientos forzados internos, que ponen de relieve la necesidad de cuestionar la imagen de la urbe como zona segura, en oposición a la crudeza del conflicto en lo rural.

De acuerdo a lo anterior, un ejercicio de investigación – intervención comprometido con la construcción de culturas de paz en espacios cotidianos, se torna socialmente relevante en tanto permite involucrar la presencia de la sociedad civil en acciones que lleven a la consecución de dicho objetivo, el cual tiene actualmente un importante posicionamiento dentro de la agenda nacional e internacional. Asimismo, esta propuesta pretende dar espacio a los procesos de memoria y reconstrucción del tejido social, elementos que se han visto comprometidos en la cultura de la violencia, la cual necesita ser visibilizada.

1.2. Culturas de paz, memoria y tejido social

De acuerdo con las Naciones Unidas (1998), la cultura de paz es definida como aquellos valores, comportamientos, actitudes y acciones que favorecen la gestión pacífica de los conflictos mediante el diálogo y la negociación que se establecen entre personas, grupos y países. En relación con lo anterior, Muñoz y Molina (2010) explican que este término se ha

transformado en el tiempo, debido a que se ha pasado de concebir la violencia como dominante, a confiar en las oportunidades que puede generar una cultura de paz, también caracterizada por el establecimiento de estilos de vida y símbolos que se constituyen en las relaciones, sin dejar de reconocer la existencia de la conflictividad en la actividad humana.

En este orden de ideas, Galtung (2003) indica que la paz puede tener dos definiciones complementarias: se refiere a la ausencia de conflicto y adicionalmente resalta la necesidad de generar su transformación creativa para aprender del mismo. En esa misma línea, hace una distinción entre paz positiva y paz negativa dentro de un sistema. La primera se refiere a las acciones que pueden mejorar y contribuir a la cooperación (justicia, igualdad, ensalzamiento de la vida), mientras la segunda se conecta con la capacidad de negar actividades violentas o planteamientos culturales cerrados (cuestionar la guerra, exclusión, singularismo).

El autor hace también una invitación a superar la comprensión de la paz – violencia como la negación entre ellas, dado que pueden ser aspectos complementarios: una puede existir en la otra. Por otro lado, cuando se establecen este tipo de dicotomías, se puede dejar de lado el espectro de posibilidades que se encuentra en la mitad o componen esta diada, lo cual tendría como consecuencia dejar de lado su complejidad.

En conexión con lo anterior, Rodríguez y Muñoz (2004) indican que más allá de comprender los mecanismos de la paz y la violencia, es necesario transformar y entender las realidades donde se encuentran presentes. En relación con este aspecto, Lederach (1997) señala que para comprender los conflictos de larga duración es preciso percibirlos a partir de sus condiciones geográficas particulares y los agravios históricos que llevaron a formarlos.

Adicionalmente, este autor subraya la importancia de generar oportunidades para que los diversos actores involucrados puedan conversar sobre el dolor y trauma provocados en el pasado desde el marco de la guerra. Este ejercicio permitirá *reconocer* y dar validez a la experiencia y los sentimientos, lo cual representa el primer paso para la recuperación de las personas y las relaciones.

La intención de sobreponerse a la violencia al tratar de reducir los efectos de la guerra y responder a las necesidades económicas y sociales para generar beneficios a largo plazo – de acuerdo a sus particularidades geográficas, culturales, de género e idiosincrasia - ha sido uno de los objetivos que han desarrollado diversas iniciativas de paz en Colombia, como se ve reflejado en las ideas de Hernández (2008) y Planeta Paz (2011), quienes coinciden en afirmar que las alternativas de construcción de paz que han surgido en lo local, se caracterizan por atender a aquellos grupos poblacionales históricamente excluidos, de tal forma que estos sectores puedan participar de la vida política y aportar en la construcción de una visión más amplia de la democracia sin ser coartados a través de la violencia.

La forma cómo interactúan las personas entre sí, ha llevado a Sánchez (2009) a explicar que es necesario fomentar la construcción de paz en diversos escenarios de acción pues, así como existen ciencias de la paz que estudian los procesos de su construcción a nivel global, también es necesario ubicarlas desde lo particular y lo cotidiano. Para esta autora “Todas las personas son responsables de impulsar una cultura de paz desde la investigación y la práctica, por lo tanto, no es un liderazgo que deba dejarse solo en manos de los políticos, líderes sociales o colegios” (p. 12).

En ese sentido, la noción de tejido social resulta útil, en cuanto puede comprenderse como aquellas redes de vida que permiten a las personas obtener apoyo e integración social. De acuerdo con Perilla y Zapata (2009) el construccionismo social se refiere al concepto de red como el espacio donde se entrelazan aquellas interacciones que permiten interpretar y dar significado a las experiencias vividas en la cotidianidad, las cuales a su vez son comprendidas y organizadas de acuerdo con infinitas redes de conexiones presentes en la cultura de la que se hace parte y a los propios momentos vitales.

Siguiendo a Sluzki (1996) la *red social personal* hace referencia a aquellas relaciones de carácter significativo en la vida de las personas que pueden ser encontradas en espacios que, si bien incluyen el ámbito familiar, comprenden también otros escenarios que lo trascienden – relaciones de amistad, laborales, comunitarias, entre otras -. Asimismo, las redes sociales personales dan cuenta de los contextos culturales y sub-culturales propios de los universos relacionales de las personas.

El concepto de red también se encuentra presente en las interacciones que se tejen entre los miembros de una comunidad, espacio que, según Perilla y Zapata (2009), fomenta el desarrollo de acciones, procesos y recursos que buscan satisfacer tanto las necesidades individuales como colectivas de sus miembros, a través del establecimiento de relaciones horizontales que impulsan la colaboración y labor mutua para cuestionar su realidad particular y transformarla.

De acuerdo con lo anterior, ser parte de una red o comunidad interesada en generar soluciones, puede comprenderse como escenario donde cobra vida la democracia participativa, caracterizada por de Souza Santos (2003) como aquel ejercicio voluntario

que realizan las personas en conjunto para alcanzar un objetivo común, actividad que promueve valores como la cooperación y solidaridad ciudadana.

Otro beneficio que trae el esfuerzo colectivo en red, según Perilla y Zapata (2009), consiste, por una parte, en impulsar el empoderamiento individual, donde es posible reflexionar en un espacio dialógico sobre las interacciones realizadas, las propias prácticas y las de otros. Y, por otro lado, construir una sociedad más incluyente que busque el bien común a partir de vínculos reales que conecten a las personas con sus raíces, con los más próximos y los lejanos.

Cuando comprendemos la construcción de una cultura de paz atendiendo a diferentes niveles de contexto que pasan, como se ha señalado anteriormente, por lo global hasta lo local, prestar atención a la memoria se hace indispensable. De acuerdo con Beristáin (2005) el papel que ésta cobra en procesos de posconflicto hace referencia a diversas cuestiones, como rescatar la posibilidad de establecer escenarios de convivencia entre grupos tradicionalmente enfrentados, fomentar el desarrollo de un nuevo consenso social y reconstruir el tejido social, siendo su destrucción consecuencia del conflicto armado, el cual, aunque se termine, con el tiempo adquiere nuevas formas de ejecución donde continúan problemáticas como el manejo de las tierras y la marginación de la población.

Asimismo, la memoria puede ser comprendida de acuerdo con tres ejes, el primero de ellos tiene que ver con la memoria personal, que hace referencia a la organización de la propia historia de vida a partir de aquellos hitos y eventos que han sido relevantes en las relaciones con otros, lugar donde se comparten y construyen significados que pueden dar cuenta de la presencia de lo social en lo particular. Un segundo eje a tener en cuenta

tiene que ver con la memoria colectiva, entendida como la construcción compartida y plural de la historia, idea que por una parte busca superar el establecimiento de su versión totalizadora y, por otro lado, reconoce diversas narraciones de los acontecimientos a partir de las experiencias particulares (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2015).

Asimismo, Torres (2009) aclara que la memoria colectiva tiene un carácter práctico, dado que orienta los hábitos y acciones cotidianas de sus portadores. Es aquí donde se fomenta la continuidad de los saberes, creencias y valores que alimentan el sentido de pertenencia y la concepción de «nosotros». Lo anterior puede hacer referencia al término *memoria cultural* explicado por Espinosa (2008) como el ejercicio de compartir, desde la empatía, las tradiciones que han sido creadas colectivamente a través del tiempo.

Otra característica de vital importancia de la memoria colectiva es su dimensión temporal. Molina (2009) menciona que desde este factor se pueden organizar y articular los eventos del pasado para el desarrollo del presente y el diseño del futuro. Precisamente, tener conocimiento de los eventos ocurridos permite, de acuerdo con Beristáin (2005), reconocer las experiencias vividas por las víctimas del conflicto armado, que en diversas ocasiones son señaladas y estigmatizadas.

Como último eje, conviene atender a la memoria histórica, la cual invita a mirar hacia atrás para revisar los procesos históricos de acuerdo a una visión más incluyente, que contemple a sus actores más conocidos, y al mismo tiempo involucre la participación y presencia de aquellas poblaciones que comúnmente han sido marginadas. Siguiendo esta idea, el CNMH (2015) indica que es necesario aprender la historia de tal manera que las personas descubran la importancia de su agencia personal y la conciban de manera

reflexiva, lo cual implica, por una parte, fomentar conversaciones sobre lo que está sucediendo en la actualidad como el resultado de procesos precedentes y, por otro lado, asumir la historia desde lo cercano y relevante en la vida.

En adición a lo anterior, la memoria histórica también es considerada una forma de reparación que fomenta el uso de diversas herramientas como fotografías, diarios, objetos entre otros para compartir y reconstruir lo social.

Aunque estos ejercicios apuestan por reconstruir la vida, Beristáin (2005) advierte que el manejo y edición de la historia ha sido una herramienta que ha permitido a diferentes agentes de poder, continuar en su posición de mando y justificar la realización de acciones destructivas, por lo tanto es aconsejable hacer una revisión constante para que en su construcción no se presenten problemáticas como *retorcer lo ocurrido* – que se refiere a culpar a las víctimas por los hechos ocurridos «ellos se lo buscaron» o «debieron hacer algo para que ocurriera eso»-, o favorecer *el silencio*, que lleva a la evitación de un recuerdo o a esconder ciertos episodios, así como las *incriminaciones totalitaristas*, donde se atribuye los sucesos a condiciones externas que obligaron a llevarlos a cabo.

De acuerdo con lo anterior, asumir la coyuntura social generada por los acuerdos de La Habana como una posibilidad para seguir construyendo procesos de paz creativos, que tengan diversas temáticas y líneas de acción basadas en el reconocimiento de las víctimas, la creación de iniciativas para la construcción de la paz, la reconstrucción del tejido social y el fomento de la memoria como una forma de recordar para no repetir, transformar y sensibilizar a la sociedad civil, también invita a explorar alternativas para participar en nuevas

conversaciones, que no pasen por el desconocimiento y simplificación del otro.

Dentro de este marco, el presente trabajo tuvo una apuesta clara por reconocer cuáles son los aportes que se desprenden para la comprensión, conceptualización y abordaje de la paz y la construcción de culturas de paz, a partir del desarrollo de un proceso de investigación-intervención dirigido a la construcción de significados sobre la paz que apela a la memoria histórica y sensible, así como a las emociones, para la reconstrucción del tejido social.

2. La pregunta por el cómo

La presente investigación intervención fue de carácter cualitativo, dado que se buscaba favorecer la riqueza y calidad de la información para indagar y explorar valores, significados y acciones (Hernández, Fernández y Baptista, 2006) ocurridas durante los encuentros de intervención. En el marco de los métodos cualitativos se acudió a la Teoría Fundamentada que, de acuerdo a Paramo (2015) y Giraldo (2011), es una aproximación metodológica, propuesta por Glaser y Strauss (1967, en Paramo, 2015), que realiza una exploración rigurosa de un fenómeno a partir de un proceso de análisis inductivo (que toma como punto de partida los datos empíricos), buscando desarrollar conceptualizaciones que permitan elevar, al nivel de la teoría, las afirmaciones que emergen de esta manera de aproximarse a la realidad social.

La presente investigación-intervención se inspiró en el proceso de análisis de información que suele seguirse desde esta metodología, para identificar (a partir de la exploración con una muestra modesta de la población bogotana), algunas categorías emergentes y apriorísticas (prefiguradas por la revisión de la literatura sobre el tema), para dar

respuesta al interés puntual de generar conocimiento local sobre la paz, que arroje distinciones o conceptualizaciones pertinentes para la comprensión y abordaje de este fenómeno en un contexto de escalada del conflicto, con la emergencia de nuevos actores en disputa, como el que se vislumbra actualmente en el país.

Concretamente, la información recogida a partir del proceso de intervención, fue vertida en matrices de análisis, organizadas a partir de las tres categorías centrales que se habían definido en el marco teórico: paz, tejido social y memoria. Para ello, se hizo un análisis textual de las transcripciones de los encuentros de intervención, que partió de la identificación de las principales convergencias y divergencias, sobre cada una de estas categorías, en el discurso de los participantes. A continuación, decidimos privilegiar el dato empírico en un proceso con el que procuramos tensionar dichos discursos a partir del establecimiento de intersecciones entre los significados construidos sobre paz, tejido social y memoria, para, inductivamente, generar explicaciones que permitan comprender cómo se configuran procesos de construcción de culturas de paz en contextos cotidianos, dando como resultado cinco nociones útiles que responden a este propósito.

En este caso, la información recogida para el análisis se deriva de las conversaciones y reflexiones que emergen con la implementación de un diseño de intervención propuesto desde una perspectiva sistémica – construcciónista social, que estuvo conformado por cinco encuentros.

Cada uno de ellos estuvo enfocado en explorar una temática en particular, a partir de la realización de actividades lúdicas y gráficas (juegos, elaboración de postales, dibujos, cartas, actos simbólicos) y conversaciones que fueron comprendidas como indagaciones

compartidas, que permitieron intercambiar ideas, recuerdos y discursos para escuchar al otro, promover la exploración mutua y así crear nuevas posibilidades (Anderson, 1999).

Igualmente, lo dialógico fue relevante para promover en la conversación la idea de Multiverso, como la elaboración de descripciones nuevas que invitan a las personas a decidir cómo actuar de maneras diferentes (Andersen, 1994); mientras que la noción de Complejidad (Fried Schnitman, 2008) inspiró para concebir las diferencias como oportunidades para asumir los conflictos de manera distinta, crear nuevas maneras de relacionarse, apreciar los valores comunes y transformar tanto a las conversaciones como a aquellos que las construyen.

En el primer encuentro, se efectuó una presentación general de las temáticas a tratar durante las sesiones para realizar una exploración inicial acerca de los significados que han construido los y las participantes sobre paz, tejido social y memoria. En el segundo encuentro se facilitó una conversación sobre el proceso de paz llevado a cabo en Colombia, de acuerdo con las condiciones propuestas por el Proyecto de Conversaciones Públicas (Becker, et al, 2000). Esto permitió fomentar una participación segura que estuviera enfocada en el intercambio de experiencias frente al tema, además, posibilitó comprender zonas de duda como oportunidades de apertura para percibir la construcción de paz como un ejercicio propio que requiere conectarse con los otros.

El tercer encuentro estuvo dedicado a que los participantes comunicaran su visión personal sobre la construcción de paz, en la cual se invitó a incluir a aquellas personas significativas para ellos. Este ejercicio fue desarrollado con la elaboración de postales, que posteriormente fueron útiles para invitar a los asistentes a proponer acciones en su

cotidianidad que posibilitaran mejorar esas relaciones.

En el cuarto encuentro, fue relevante que los participantes recordaran consejos útiles e historias familiares que estuvieran conectadas con eventos históricos o el conflicto armado en Colombia para mostrar, a través de un acto simbólico, que éste involucra diferentes actores y afecta a diversas víctimas, además de tener un componente emocional. Todo ello llevó a conversar sobre el perdón, el olvido y la no repetición.

En el último encuentro, se indagó con el grupo de participantes cuáles habían sido las nociones que habían cambiado en ellos y ellas sobre la construcción de paz, al tener la oportunidad de intercambiar experiencias. Adicionalmente, se propuso una conversación para distinguir recursos personales y acciones cotidianas que pueden contribuir a mejorar la calidad de sus redes de apoyo. Asimismo, se les preguntó acerca de cómo les gustaría ser recordados. Se entregó un certificado de participación y se realizó una retroalimentación a cada persona sobre su proceso y aportes en las sesiones realizadas.

El grupo de participantes estuvo conformado por siete personas que hacen parte del consejo de padres de una institución educativa distrital ubicada en la localidad de Suba - Bogotá D. C. Como estrategia para garantizar la confidencialidad, los participantes escogieron un seudónimo con el cual han sido nombrados, que acompañaremos de una "P" y un número al traer sus voces *en cursiva* en los apartados siguientes, omitiéndose otros datos identificatorios. Asimismo, es necesario mencionar que los y las participantes son mayores de edad, su presencia fue de carácter voluntario, informado, constante y en algunas ocasiones asistieron a los encuentros acompañados por sus hijos y nietos.

3. Construcción de una cultura de paz: contribuciones desde la cotidianidad

Como una propuesta comprometida con la construcción de un conocimiento en contexto, que permita cuestionar la cultura de la violencia en Colombia, el ejercicio desarrollado para el análisis de la información partió de la identificación de algunos repertorios discursivos alrededor de los cuales se congregan los significados construidos por los participantes sobre la paz, la memoria y el tejido social, para el establecimiento de conexiones con las voces de los autores revisados, de tal forma que de dicho proceso reflexivo surgieran conceptos útiles para la comprensión y abordaje de la paz y la construcción de culturas de paz.

Dichos significados emergen de dos lugares privilegiados: 1) el relato que los participantes hacen sobre su experiencia vivida, o lo que Pearce (2001) denomina historias contadas y 2) lo que ellos y ellas construyen conjuntamente en las conversaciones facilitadas durante los encuentros de intervención. Estos dos aspectos permiten, en consonancia con White (2002), reconocer el valor político que tiene poner en conversación con otros los relatos que hemos construido sobre la realidad, en tanto el acto de narrar se constituye en una posibilidad para cuestionar o reafirmar algunas de las creencias más profundamente arraigadas que dan forma a nuestra realidad (la realidad como la vivimos) y, de esta manera, re-escribir la vida, favoreciendo procesos de transformación a un nivel individual y grupal, que pueden tener un efecto en las comunidades de las que estas personas hacen parte.

Empezar a hablar de ciertos temas y cambiar la visión de que no se puede, si

no, va a fracasar. Entonces, es ese cambio positivo de que si se puede y la paz se puede lograr. ¿Qué puedo cambiar en mi familia?, ¿qué puedo cambiar en las personas para que haya, por ejemplo, armonía y también ese cambio interior, ese cambio de cada uno de nosotros? (Luna, P1).

Lo anterior pone de relieve el carácter temporal de los significados al que alude Gergen (1996), en cuanto reconocer su capacidad de cambio permite mostrar que es posible enriquecerlos y, así, crear comprensiones más constructivas, lo cual se hizo notorio cuando 1) los y las participantes dieron a conocer cómo se ha transformado la noción que tienen sobre sí mismos y sobre los otros. Para Luna (P1) “uno a veces tiene comportamientos un poco difíciles y esto le hace a uno cambiar esa manera de ser, por ser mejor y tener menos dificultades con la familia, con las personas en sí”. 2) por otro lado, emerge al revisar algunas creencias históricas que han sido pasadas de generación en generación para cuestionarlas, dando lugar a nuevos significados que inviten a la actuación de patrones de interacción que construyen paz:

Por eso es que nosotros somos así, porque viene de una cadena: a nosotros nos maltrataron, entonces nosotros tenemos eso ahí [...] Todos somos iguales, simplemente las circunstancias de la vida hacen que uno no haga lo que uno quisiera (Águila, P2).

En cuanto a la comprensión sobre la paz, los y las participantes coinciden con Muñoz y Molina (2010) cuando indican que su construcción puede darse en diferentes escenarios, en los cuales se reconoce la presencia de diferentes conflictos que

movilizan la vida social, cuestión que invita a considerarla como algo más que la ausencia de la violencia, lo cual remite a la idea de Muñoz (2001) de paz imperfecta. “La paz es una toma de conciencia de uno mismo para llegar a algo mejor. Mientras todos tomemos una conciencia, logramos una paz cada vez más sólida” (Natalia, P3).

Desde éste lugar, las comprensiones que ellos elaboran sobre la paz reconocen o distinguen dos niveles de contexto particulares: por un lado, se podría hablar de un primer nivel, que alude a aquello que ocurre en la cotidianidad de sus relaciones sociales, y que hace referencia principalmente a las dimensiones personal, familiar y comunitaria: “La paz es la tranquilidad de uno mismo, la seguridad que uno da a los demás y el respeto y la honestidad” (Juancho, P4).

En ese sentido, el proceso de conversar requería desplazarse con frecuencia a un lugar que permitiera crear en el lenguaje oportunidades y ocasiones para que las personas trasciendan las historias sobre el conflicto armado (que podían estar más cercanas o lejanas a su experiencia vivida), y participaran en la construcción de culturas de paz que se manifesten en sus acciones, sean vividas en sus relaciones y estén presentes en espacios como sus hogares y comunidades.

Para que esto pudiera ocurrir, era indispensable invitar a las personas a posicionarse en un lugar de observadores de su propia vida y relaciones (Von Foerster, 1998), mientras que los otros se constituían en testigos de dicha experiencia y, junto a ellos abrían posibilidades para generar nuevas comprensiones y proponían formas alternativas de resolución de los conflictos de la vida cotidiana (Andersen, 1994). En ese sentido, Luna (P1) afirma:

Sí, respecto a lo que dice Águila, que la paz es posible empezando adentro de nosotros mismos. No tenemos que dejar que nos opaquen los que no quieren que la paz llegué, porque sin paz solamente habrá tristeza, desgracia, pobreza y ruina; y con la paz todos vamos a tener de todo.

Por otro lado, en un segundo nivel de contexto emergen comprensiones sobre la paz que les permiten reconocerse como agentes sociales en el escenario más amplio de la vida social y política del país, aludiendo a la posibilidad de cuestionar ciertas historias contadas sobre el conflicto armado en Colombia y el proceso de paz, que han tenido como efecto generar una polarización entre la ciudadanía colombiana. Según Sor Teresa (P5) “Ahí habíamos escrito que la paz era del Estado, pero no, pensándolo, la paz es de nosotros. Nosotros somos los formadores de paz, porque si pensamos que el Estado haga todo, pues no vamos a lograr la paz”.

Lo propuesto por Shotter (2001) sobre atender al tipo de realidades que son elaboradas conjuntamente en el lenguaje, permitió identificar que para construir la paz desde el nivel de la vida social y política, es necesario atender a la importancia de intercambiar nociones sobre el conflicto armado que lleven a reconocer lo ocurrido para reparar a las víctimas, fortalecer el tejido social y garantizar la no repetición de los hechos; con lo cual la construcción de la paz parece estar atravesada por un ejercicio de memoria que ocurre al conversar juntos.

A mi familia sí le afectó la violencia, porque hace unos años la guerrilla llegó al pueblo donde vivíamos [...] y mató a un tío que era el doctor de ese entonces. No solo lo mataron, lo

degollaron, y pues eso fue duro para la familia. Era un hermano de mi papá. Entonces todo fue por no darles informaciones, porque supuestamente no les ayudó (Sor Teresa, P5).

En esta línea, proponer actividades y espacios de conversación para reflexionar sobre el conflicto armado en Colombia (según el reconocimiento de diversas historias y posturas), posibilitó lo que Gergen y Gergen (2011) describen como el establecimiento de nuevas posibilidades y lugares de colaboración, opción que, al ser explorada en cada sesión, fomentó lo que Lederach (1997) caracteriza como dejar de ver al otro como una amenaza para humanizarlo.

Para lograr lo anterior, fue necesario recurrir al Proyecto de Conversaciones Publicas (Becker, et al., 2000) para a) reconocer en el interior del grupo de participantes, como discurso dominante, una falta de confianza frente a la construcción de la paz, b) ofrecer espacios de conversación sobre el tema distintos a la discusión o el debate, c) cuidar al grupo de integrantes al proteger sus aportes en las conversaciones y d) crear y mantener condiciones de participación que se instalaran como novedad o lazo extraño¹, para vincularse desde la propia experiencia.

Tener la posibilidad de realizar un intercambio de experiencias con otros, fue considerado por el grupo de participantes como una oportunidad sumamente valiosa, dado que les posibilitó 1) contar historias que no habían tenido la ocasión de compartir con alguien, 2) escuchar relatos que les permitieron reflexionar sobre sí mismos y sentir empatía hacia los demás, y 3) dar o recibir observaciones y

consejos en un lugar común de cuidado, elementos que fueron útiles para considerar nuevas versiones y así re-escribir sus historias de tal manera que el ejercicio de conversar se constituyó en algo que los empodera.

Acá en los encuentros uno ve tantas experiencias, tantas motivaciones, tantas lágrimas porque más de uno lloramos acá [risas]. Eso nos sirvió como para tomar una conciencia y decir que somos muy duros cuando hay violencia, hay muerte, hay dolor. Pero a pesar de ese dolor, uno se mantiene fuerte. Y que hay gente que lo puede mantener fuerte a uno (Natalia, P3).

Lo anterior, permitió reconocer que cuando situamos la comprensión del tejido social en el terreno de las relaciones cotidianas, se hace posible impulsar, a partir de las conversaciones grupales, el empoderamiento individual, idea manifestada por Perilla y Zapata (2009) cuando indican precisamente que los espacios dialógicos permiten reflexionar sobre las practicas propias y las de otros, mientras se establecen soportes de carácter emocional entre los miembros que integran dichos escenarios. Así afirma Natalia (P3) haberlo vivido, cuando comparte con el grupo:

Eso fue lo que yo logré acá en este grupo, que uno a pesar de que todos tenemos tantas cosas tan diferentes, uno sabe que cuenta con personas en cualquier momento. Y eso es un pasito a la paz. Y de ahí, se puede sembrar un árbol muy grande de paz.

¹ Pearce y Cronen (1980, en Tomm, 1988) entienden por lazo extraño “un proceso reflexivo en el que la inversión de niveles [de contexto] da lugar a un cambio importante de significado, es decir, se activa una regla constitutiva opuesta o complementaria” (p. 20).

Adicionalmente, la noción de red (Perilla y Zapata, 2009), permitió comprender que las experiencias de los y las participantes pueden ser organizadas de acuerdo con conexiones que integran tanto su historia de vida, como la cultura de la que hacen parte, donde se hizo referencia a su idiosincrasia y creencias. Estas ideas también llevaron a conversar sobre aquello que permite cuidar o perder una de estas redes, ejercicio que señaló la confianza como característica vital para el fortalecimiento de sus vínculos.

Si claro, pero yo soy muy sincero y yo digo lo que siento. Y yo no le tengo confianza a la persona hasta que se la gana. De todas maneras uno trata, uno da la confianza y así hay gente que me la ha guardado y me ha tenido confianza (Juancho, P4).

Respecto a la temática de memoria, los repertorios discursivos de los y las participantes fueron comprendidos de acuerdo a los planteamientos propuestos por el CNMH (2015), que señalan lo personal como primer lugar de referencia, idea que en el desarrollo de las sesiones llevó a identificar 1) algunos eventos relevantes en las historias de vida de los y las integrantes donde las relaciones con otros significativos contribuyó a la construcción de significados que demuestran una posición crítica sobre diferentes temas y 2) la conexión entre el tiempo (caracterizado por la organización cronológica de aquellos recuerdos que fueron evocados), con el espacio, donde se describían lugares de referencia relevantes para ellos y ellas dentro de su historia de vida.

Es que también es el machismo, hay machismo muy arraigado también desde el pasado. Si él estuviera vivo [su

padre], ahorita tendría casi cien años. Entonces, si hoy en día hay machismo, en ese tiempo era peor, porque la mujer no tenía estudio, la mujer no trabajaba, la mujer era solamente una máquina de hacer hijos y ¡Ay de que no quedara embarazada! Porque tenía que quedar embarazada (Luna, P1).

Frente a la memoria colectiva, concepto que es explicado por el CNMH (2015) como la construcción compartida y plural de la historia, los y las participantes reconocieron como hechos importantes en la historia de Colombia los asesinatos de líderes políticos y la época de violencia ligada al narcotráfico. En ese sentido, Águila (P2) considera que para comprender lo que nos ocurre como país, “pues uno tiene que relacionar las FARC con el narco, porque se acabaron los Orejuela y se acabó Pablo Escobar y ahora siguen las FARC”. Por otro lado, Luna (P1) incluye dentro de sus comprensiones “lo que paso en el cuarenta y ocho con la muerte de Gaitán, todo eso. Cuando empezaron las guerrillas que ahí fue que empezaron las guerrillas, ahí con la muerte de Gaitán”.

Por lo tanto, al notar en el grupo de integrantes cierto temor a hablar sobre ello, se encontró que, así como es necesario buscar alternativas frente a una versión totalizadora de la historia de Colombia y el conflicto armado, es de vital importancia generar espacios conversacionales en los que se disuelva ese miedo, al garantizar condiciones seguras para intercambiar dichas experiencias.

Cuando esto ocurre en un grupo intergeneracional como el que se tuvo en los encuentros, se generan condiciones para que las personas mayores compartan, con aquellos más jóvenes, consejos (basados en experiencias personales) que se constituyen, en sintonía con Torres (2009) y Espinosa (2008), en una

oportunidad para concebir la memoria colectiva desde su carácter práctico, al ser una manera de orientar las acciones cotidianas, dar continuidad a los saberes, creencias y valores comunes, mientras se cultiva un sentido de pertenencia y la creación de nuevas tradiciones. Para Natalia (P3) “Recordar lo hace a uno más fuerte y más sólido y son experiencias para nuestros hijos mismos”. Aunque, quizá, un episodio como el que traemos a continuación, puede ser mucho más explicativo de este tipo de intercambios:

Facilitadora: miren lo que está pasando, y es que Luna cuenta una historia y Águila se mueve de una [reacciona], pero la impresión que a mí me da, es que te conectas con la historia de Luna y de alguna forma te conectas con su mamá.

Luna: Sí

Facilitadora: Entonces, tú dices [dirigiéndose a Águila] que traes la voz de la mamá y pues dices - Eso no es así, que piedra [que rabia], uno también siente, uno también quiere que lo llamen, que lo aprecien -.

Estrellita: porque como ella ya es abuela, entonces es la persona que la identifica.

Facilitadora: Sí, es muy bonito porque acá tenemos alguien que no vino, que no estuvo en esta reunión presente, pero sí está presente en la palabra.

4. Comprensiones útiles para la construcción de culturas de paz en lo cotidiano

A continuación, serán identificadas algunas comprensiones sobre la paz que se constituyen en lugares útiles para la construcción de culturas de paz en la cotidianidad. En estas, el

individuo (como primer agente a destacar en la construcción de la paz) y el reconocimiento de la vivencia diferencial del conflicto, engloban un proceso en el que se procura articular los repertorios discursivos descritos con anterioridad (paz, tejido social y memoria).

4.1. La paz es un ejercicio que empieza conmigo

“Yo diría que la paz parte de la idea de mi misma, ya estando la paz en mi misma para tenerla y actuarla, la puedo brindar con las personas con las que comparto, con el testimonio de vida que doy y con las experiencias que tengo” (Estrellita, P6). La presente investigación-intervención, permite identificar el ámbito personal como el primer escenario donde es posible contribuir a la construcción de una cultura de paz que se manifieste en lo cotidiano. Dicho lugar se entiende como el establecimiento de una relación constructiva consigo mismo, basada en la tranquilidad y aprecio, idea que trata de superar la supremacía de lo individual, al comprender el cuidado de sí mismo como una manera de fortalecer la convivencia pacífica con los demás.

4.2. La paz se teje en las conexiones con los otros

Parte de comprender el Tejido Social como uno de los escenarios donde se puede vivir, compartir y enriquecer (en compañía de aquellas personas significativas), la construcción de una cultura de paz basada en ser parte de relaciones que tienen como fundamento el respeto mutuo, la compañía, el intercambio de experiencias vitales y soporte emocional, donde la confianza (de acuerdo al grupo de participantes), es un componente elemental para fortalecer dichos vínculos.

Actualmente, veo que a veces toca poner paz en la casa, cuando por ejemplo, la hija tiene un mal comportamiento con el muchacho que tiene ahorita [...] me he dado cuenta que él es muy soberbio y ella también, entonces hay un shock. Entonces yo trato de hablar primero con ella, luego hablo con él, porque los dos tienen hijos y esas son cosas que desde pequeños ellos van adaptar en esa situación (Juancho, P4).

Además de fomentar la agencia personal y el cuidado de aquellas relaciones importantes en la vida, ser parte de una red también permite generar interés en las personas por establecer metas comunes y encontrar soluciones colectivas a los problemas, lo cual, puede ser entendido, de acuerdo con de Souza Santos (2003), como un ejemplo de democracia participativa. Para el Fiscal (P7), la paz:

No es tan solo aislarse y decir - yo no me meto con nadie -. Eso no lo deja vivir a uno en paz, porque uno es un ser sociable, que tiene que aprender a vivir dentro de su sociedad, dentro de su país, dentro de su lugar que tiene para poder vivir.

Esto pone en evidencia la importancia de impulsar la participación de la ciudadanía para la creación de alternativas constructivas frente a situaciones que debilitan los vínculos como la *apatía*, que conduce a que las personas asignen la responsabilidad de los cambios sociales a los demás; la *polarización*, que concibe las diferencias como amenazas; y la *invisibilización* del conflicto armado, que ignora lo ocurrido a las víctimas e imposibilita el desarrollo de estrategias de reparación.

4.3. La paz necesita una memoria sensible

Por lo tanto, la creación de culturas de paz precisa que la sociedad colombiana, en general, reconozca y se sensibilice frente a lo ocurrido a las víctimas del conflicto armado para desarrollar estrategias de reparación, ante lo que el CNMH (2015) menciona que la educación emocional es indispensable para generar una ciudadanía que no sea indiferente.

Yo pienso que en la guerra y todo lo que ha pasado en nuestro país, es necesario que todos nos unamos para que mentalicemos esa paz que la merecemos. Y no permitir que Colombia se desangre más con tantas personas inocentes. Y que en la paz descansen todos los militares caídos en combate, nuestros campesinos y por el alma bendita del padre de mi nieta, que murió asesinado por quitarle una moto (Luna, P1).

Por lo tanto, se sugiere 1) reconocer que el conflicto armado está más cerca de lo que se imagina, factor descubierto por el grupo de participantes cuando notaron la presencia de la guerra en las historias de sus conocidos o en sus propias familias, y 2) crear actos que permitan acompañar simbólicamente a aquellos compatriotas afectados por la guerra.

Yo, eh... [Voz quebrada] pongo a mi mamá, a mi cuñado y a todas las mujeres que han violado y han fallecido en manos de la violencia que ha habido en nuestro país. Por las niñas y los niños que han caído también violados y maltratados por toda esa gente que les hizo daño. Entonces yo quiero en este momento pedir una oración por ellos y

para que Dios los tenga en su eterno descanso (Estrellita – P6).

4.4. La memoria invita a fortalecer las redes

Los planteamientos de Beristáin (2005) están de acuerdo con este aspecto cuando propone que la memoria posibilita el fortalecimiento del Tejido Social, al comprender que establecer redes de apoyo permite incluir todos los grupos poblacionales del país, cuestionar la estigmatización o señalamientos dirigidos a las víctimas, recordar a los que no están presentes, darle relevancia social a lo ocurrido para garantizar la no repetición, reconstruir las historias de vida y reconocer las acciones de todos los agentes involucrados (Molina, 2009).

4.5. Afectaciones distintas requieren comprensiones diferenciales

En consonancia con Shotter (2001), quien considera que personas en diferentes lugares viven realidades distintas, es posible reconocer que el conflicto armado en Colombia ha sido una realidad disímil para los sobrevivientes y víctimas de la guerra, con respecto a aquellas personas que no han sido afectadas directamente, y que la experiencia vivida adquiere significados particulares de acuerdo a la región geográfica (que implica costumbres sociales y culturales distintas, así como diferencias entre lo citadino y lo rural), lo cual resulta útil para comprender la violencia y la postura que las personas asumen respecto a la paz.

Mi mamá me contó que la familia sufrió violencia [...] En la época de los godos y de los liberales, a uno de mis tíos le violaron su esposa y los mataron, por allá en el Tolima. Entonces pues eso ya

es muy lejano ¿no? Pero igual hace parte de la historia. Y en la actualidad realmente tiene un efecto, porque yo soy muy sensible y me afecta es porque el campesino es el que sufre. Como yo lo veo, nosotros aquí en la ciudad estamos bien, chévere, no nos afecta. Pero ¿a quienes están afectando? A los niños que están quedando sin padres y los que quedan mutilados. Los campesinos que son los que siembran la tierra para que el alimento llegue a las ciudades. Entonces, eso es lo que tenemos que reflexionar. No nos afecta a nosotros, a mí personalmente no me afecta, pero todo lo que pasa en el campo, le pasa a los pueblos. Esto tiene que afectarnos a la ciudad (Águila, P2).

De esta manera, el aporte principal de este proceso a los estudios sobre la paz y las culturas de paz, tiene que ver con la importancia que adquiere el reconocimiento de una dimensión subjetiva de las personas y comunidades involucradas en este tipo de desafíos, la cual apela a la configuración o construcción de una subjetividad política (Arias, González y Hernández, 2009), en cuanto favorece la emergencia de éstos como actores comprometidos con sus realidades sociales.

Al caracterizar el proceso de constitución de la subjetividad política, los autores anteriormente mencionados aluden a tres dimensiones significativas: a) el conocimiento de la realidad social (que incluye una percepción de esta como construida más que estática o dada y una percepción de sí mismo como agente capaz de ejercer ciertos grados de libertad y agencia personal frente a las determinaciones de nuestros mundos sociales); b) la toma de posición, que alude tanto al reconocimiento del lugar que el agente ocupa

en el espacio social, como a la postura que asume frente al mantenimiento o la resistencia ante el *status quo*; y c) la acción política, comprendida como todo acto intencional del sujeto por transformar su realidad.

Esta investigación-intervención nos lleva a afirmar que lo anterior ocurre, en escenarios grupales de conversación como el que nos ocupa, en un proceso caracterizado por a) lo dialógico, comprendido como una postura frente a la conversación en la que todos los involucrados (participantes y facilitadores) se encuentran dispuestos a ser transformados por la conversación que está teniendo lugar (Anderson, 1999). Para que este tipo de conversaciones se construyan, es necesario que los facilitadores hagan gala de una pericia en el diseño de conversaciones, que parte por reconocer que, de entrada, las personas no suelen estar dispuestas (en conversaciones sobre temas sensibles con extraños), a transformar sus posturas y puntos de vista. Este es un proceso que ocurre de manera paulatina y que, sobre todo, debe ser prefigurado y moldeado por el facilitador, en la medida que cuida el diferencial de poder presente en la relación con los participantes, dado por su condición de profesional (White, 2002), de manera que propenda por la horizontalidad, lo cual emerge al mostrarse genuinamente curioso por la postura de los otros y humilde con sus propias posturas (siempre bajo el ánimo de comprender mejor y de permitirse explorar nuevas comprensiones y alternativas).

Asimismo, las conversaciones deben procurar en todo momento promover b) la reflexividad, pues hacer públicas sus vivencias en la conversación con otros permite a los participantes verse en sus propias realidades y relaciones, con lo cual tiene lugar un proceso de meta-observación propiciado por el acto mismo de narrar y por las versiones que los otros, a manera de espejo, devuelven sobre

quien habla a través de sus opiniones, comentarios, sensaciones y el mismo acto de compartir y contrastar lo dicho con sus propias vivencias (Andersen, 1994).

Nuevamente, hace parte de la pericia del facilitador, velar porque el espacio de conversación garantice en todo momento el respeto por el otro, aun en aquellos momentos en que el disenso y el conflicto sean característicos de un episodio concreto de la interacción. La experiencia nos muestra que, en aras de construir este tipo de relaciones, conviene establecer reglas y acuerdos como punto de partida, recayendo sobre todos los participantes, de manera compartida, la responsabilidad de mantener las condiciones definidas para conversar juntos, de modo que la figura del facilitador sea vista como un simple guardián de los acuerdos, con la prerrogativa de señalar los momentos en los que estos se están incumpliendo.

Por otro lado, reconocemos como ingrediente indispensable de estos procesos, favorecer c) la crítica, en cuanto invita a cuestionar algunos aspectos sobre sus realidades, identificar los patrones de interacción en los que se involucran y reconocer su parte de responsabilidad en el mantenimiento de los mismos (Cecchin, Lane y Ray, 1994; Oliver, 2004). Muchas veces, el mismo intercambio que tiene lugar entre los participantes en el proceso de conversar invita a posicionarse de forma crítica ante aquellos tipos de relaciones en las que participamos que reproducen las violencias. Sin embargo, el peso de la costumbre y la naturalización de ciertas estructuras sociales, pueden llevarnos, como habíamos mencionado anteriormente, a dar por sentadas las cosas. Es por lo tanto una responsabilidad ética y política del facilitador de estos procesos favorecer la circulación de nuevas y variadas alternativas de comprensión de la realidad, pues cuando trabajamos en

procesos de intervención con grupos humanos, atravesados por un propósito con un carácter político claramente definido como lo es la construcción de culturas de paz, el facilitador de los procesos debe asumir que sus acciones (y omisiones) están contribuyendo a construir cierto tipo de mundos sociales, que pueden mantener o subvertir el sistema social (White, 2002).

Por último, consideramos que todo proceso encaminado a la construcción de culturas de paz, debe caracterizarse por fomentar d) la creatividad, en la medida que cada participante parte de sus propios recursos y posibilidades para imaginar otro tipo de relaciones. En ese sentido, y en consonancia con los principios de la indagación apreciativa (Cooperrider y Whitney, 2005), emprendemos un proceso de 1) descubrir, que devuelve la mirada sobre los individuos y colectivos para identificar aquello que mejor funciona, conectando así con la capacidad de 2) soñar con otros mundos posibles, vislumbrarlos y describirlos, abriendo paso a 3) diseñar y desplegar creativamente estrategias para acercarse a ese mundo soñado, del que la paz es una característica para, finalmente, definir un 4) destino, a través de la elaboración de compromisos y el seguimiento a acciones

concretas, guiadas por el propósito de que en todo momento, ese mundo que traemos a la existencia con nuestras acciones, procure y favorezca el reconocimiento del otro como legítimo otro en la convivencia (Maturana, 2001), el cual es un requisito indispensable para poder construir paz en nuestros contextos cotidianos.

Entendiendo que la paz es un ideal que los pueblos persiguen y que, como tal, tiene que ver más con los caminos que se transitan que con un destino que se pueda agarrar de forma plena y acabada entre las manos, el nuestro se constituye en un aporte modesto a las diferentes apuestas que, desde lugares muy diversos, se están emprendiendo actualmente en Colombia para acercarnos a la paz. Haciendo eco a las palabras de Lederach (2016), quisiéramos resaltar que:

La posibilidad de superar la violencia se forja en la capacidad de generar, movilizar y construir la imaginación moral [la cual requiere, entre otras cosas] la aceptación del riesgo inherente a avanzar hacia el misterio de lo desconocido que está más allá del demasiado conocido paisaje de la violencia (p. 32).

Referencias Bibliográficas

Andersen, Tom (1994) *El equipo reflexivo*, Barcelona, Gedisa.

Anderson, Harlene (1999) *Conversación, lenguaje y posibilidades*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Arias, Viviana; González, Luis y Hernández, Nohema (2009) Constitución de sujeto político: historias de vida política de mujeres líderes afrocolombianas. *Journal Universitas Psychologica*, 8(3), pp. 639-652.

Becker, Carol; Chasin, Laura; Chasin, Richard; Herzig, Margaret y Roth, Salyann (2000) Del debate estancado a una nueva conversación sobre temas controvertidos: el proyecto de conversaciones públicas. En D. Fried Schnitman y J. Schnitman, (Comps.). *Resolución de conflictos nuevos diseños, nuevos contextos*, Buenos Aires, Granica, pp. 155-177.

Beristain, Carlos (2005) Reconciliación: desafíos y experiencias, en Fundación Museo de la paz de Gernika. *Museos por la paz: una contribución al recuerdo, la reconciliación, el arte y la paz. Actas de V Congreso Internacional de Museos por la paz*, Gernika, Gráficas Amorebieta, pp. 150-157.

Blair, Elsa (2004) Mucha sangre y poco sentido: La masacre. Por un análisis antropológico de la violencia. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 18(35), pp. 165-184. [En línea] <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55703508>.

Borja, Henry; Barreto, Idaly; Alzate; Mónica; Sabucedo, José y López, Wilson (2009) Creencias sobre el adversario, violencia política y procesos de paz. *Psicothema*, 2(4). [En línea] <http://www.unioviado.es/reunido/index.php/PST/article/view/8831> [Consultado el 25 de marzo de 2016].

Bourdieu, Pierre (1999) *Meditaciones Pascalianas*, Barcelona, Ed. Anagrama.

Cancimance, Jorge (2014) Catástrofes creadas y su invisibilización en los contextos urbanos: la migración forzada al interior de las ciudades en Colombia. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 43(3), pp. 507-527. [En línea] <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12637145007> [Consultado el 25 de marzo de 2016].

Cecchin, Gianfranco; Lane, Gerry y Ray, Wendel (1994) *The cybernetics of prejudices in the practice of psychotherapy*, Londres, Karnac-Book.

Centro Nacional de Memoria Histórica (2015) *Claves para navegar por la memoria histórica*. [En línea] <https://repository.oim.org.co/handle/20.500.11788/1014> [Consultado el 24 de marzo de 2016].

Charry, Carlos (2014) Opinión pública y proceso de paz en Colombia en 2014. *Anuari del conflicte social*, 4, pp. 510-545. [En Línea] <http://revistes.ub.edu/index.php/ACS/article/view/12302> [Consultado el 24 de marzo de 2016].

Cooperrider, David y Whitney, Diana (2005) *Appreciative Inquiry. A positive revolution in change*, Berkeley, Berret-Koehler Publishers.

De Souza Santos, Boaventura (2003) *Globalización y democracia*. Conferencia presentada en el Foro Social Mundial Temático - Democracia, Derechos Humanos, Guerras y Narcotráfico. [En línea]. <http://www.boaventuradesousasantos.pt/documentos/cartagena.pdf> [Consultado el 25 de marzo de 2016].

El Espectador (2019) *702 líderes sociales y 135 excombatientes habrían sido asesinados desde firma del Acuerdo*. [En línea] <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/702-lideres-sociales-y-135-excombatientes-habrian-sido-asesinados-desde-firma-del-acuerdo-articulo-862367> [Publicado el 23 de mayo de 2019].

El Tiempo (2019) *Con 250 asesinatos, termina un difícil año para los líderes sociales*. [En Línea] <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/cifra-de-lideres-sociales-asesinados-en-el-2019-447954> [Consultado el 30 de diciembre de 2019].

Espinosa, Mónica (2008) Memoria cultural y el continuo del genocidio: lo indígena en Colombia. *Antípoda: Revista de antropología y arqueología*, 5, pp. 53-74.

Fried Schnitman, Dora (2008) Diálogos Generativos. En G. Rodríguez Fernández (Comp.). *Diálogos Apreciativos: el socioconstruccionismo en acción*, País Vasco- Madrid, Instituto Internacional de Sociología Jurídica Oñati, Editorial Dykinson, pp. 17-48.

Galtung, Johan (2003) *Paz por medios Pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización*, Bilbao, Bakeaz - Gernika Gogoratuz.

Gergen, Kenneth (1996) *Realidades y Relaciones*, Barcelona, Editorial Paidós.

Gergen, Kenneth (2007) *Construccionismo social. Aportes para el debate y la práctica*, Bogotá, Uniandes.

Gergen, Kenneth y Gergen, Mary (2011) *Reflexiones sobre la construcción social*, Barcelona, Paidós.

Giraldo, Marisela (2011) Abordaje de la investigación cualitativa a través de la teoría fundamentada en los datos. *Ingeniería Industrial. Actualidad y Nuevas Tendencias*, 2(6), pp. 79-86.

González, Fernán (2004) Conflicto violento en Colombia. *Controversia. Alternativas a la guerra: Iniciativas y procesos de paz en Colombia*, CINEP, pp. 10-16.

Hernández, Esperanza (2008) La paz imperfecta que construyen las iniciativas de paz de base social en Colombia. En M. Salamanca (Coord.). *Las prácticas de la resolución de conflictos en América Latina*, Bilbao, Universidad de Deusto, pp. 137-153.

Hernández, Roberto, Fernández, Carlos y Baptista, Pilar (2006) *Metodología de la investigación*, México, Editorial Ultra.

Higuaita, Oto (2014) Los diálogos de La Habana y las perspectivas de una paz duradera en Colombia. *El Ágora USB*, 4(2), pp. 487-515. [En línea] <http://www.scielo.org.co/pdf/agor/v14n2/v14n2a09.pdf> [Consultado el 19 de marzo de 2016].

Ibáñez, Tomás (2001) *Psicología social construccionista*, México, Universidad de Guadalajara.

Jaramillo, Mary (2008) El lenguaje de los medios que intensifica el conflicto armado colombiano. *Reflexión política*, 19(10), pp. 103-106. [En línea] <http://revistas.unab.edu.co/index.php?journal=reflexion&page=article&op=viewArticle&path%5B%5D=542> [Consultado el 23 de marzo de 2016].

Lederach, Johan (1997) *Construyendo la paz: reconciliación sostenible en sociedades divididas*, Bilbao, Gernika Gogoratuz.

Lederach, Johan (2016) *La imaginación moral. El arte y el alma de la construcción de la paz*, Bogotá, Semana Libros.

Londoño de la Cuesta, Juan Luis (1997) Brechas sociales en Colombia. *Revista de la CEPAL*, 61, pp. 19-38. [En línea] https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/12043/1/061019038_es.pdf [Consultado el 20 de marzo de 2016].

Maturana, Humberto (1997) *La Objetividad: Un argumento para obligar*, Chile, Dolmen Ediciones.

Maturana, Humberto (2001) *Emociones y lenguaje en educación y política*, Chile, Dolmen Ediciones.

Molina, Nelson (2009) Reconstrucción de memoria en historias de vida. Efectos políticos y terapéuticos. *Revista de estudios sociales*, 36, pp. 64-75.

Muñoz, Fernando (2001) La paz imperfecta en un universo en conflicto. En F. Muñoz (Ed.). *La paz imperfecta*, Granada, Instituto de la Paz y los Conflictos, Universidad de Granada, pp. 2166.

Muñoz, Francisco y Molina, Beatriz (2010) Una Cultura de Paz compleja y conflictiva. La búsqueda de equilibrios dinámicos. *Revista de Paz y Conflictos*, 3, pp. 44-61.

Naciones Unidas (1998) *Cultura de paz*, A/RES/52/13. [En línea] <https://undocs.org/es/A/RES/52/13> [Consultado el 30 de agosto de 2015].

Oliver, Christine (2004) Reflexive inquiry and the strange loop tool. *Human Systems*, 15(2), pp. 127-140.

Páramo, Dagoberto (2015) Editorial - La teoría fundamentada (Grounded Theory), metodología cualitativa de investigación científica. *Pensamiento & Gestión*, 39, pp. 119-146.

Pearce, Barnett (1994) Nuevos modelos y metáforas comunicacionales: el pasaje de la teoría a la praxis, del objetivismo al construccionismo social y de la representación a la reflexividad. En D. Fried Schnitman (Comp.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós, pp. 265-289.

Pearce, Barnett (2001) Introducción a la teoría del Manejo Coordinado del Significado. *Sistemas Familiares*, 17(2), pp. 5-16.

Pérez, Bernardo (2006) Los grupos paramilitares en Bogotá y Cundinamarca, 1997 – 2005. *Desafíos*, 14, pp. 338-381. [En línea] <http://www.redalyc.org/html/3596/359633159008/> [Consultado el 28 de marzo de 2016].

Perilla, Leonor y Zapata, Bárbara (2009) Redes sociales, participación e interacción social. *Trabajo Social*, 11, pp. 147-158.

Pineda, Javier y Otero, Luisa (2004) Género, violencia intrafamiliar e intervención pública en Colombia. *Revista de estudios sociales*, 17, pp. 19-31.

Pinzón, Nelson (2007) Los jóvenes de “La Loma”: altos de Cazucá y el paramilitarismo en la periferia de Bogotá. *Maguaré*, 21, pp. 271-295.

Planeta Paz (2011) *Nosotras tejemos paz desde la cotidianidad. Conflictos y paz pensados desde el cuerpo, la experiencia y la práctica de mujeres populares*, Bogotá D.C, Impresol Ediciones.

Policía Nacional de Colombia – PONAL (2020) *Estadística Delictiva*. [En línea] <https://www.policia.gov.co/grupo-informacion/C3%B3n-criminalidad/estadistica-delictiva> [Consultado el 25 de marzo de 2020].

Rodríguez, Javier y Muñoz, Francisco (2004) Agendas de la Paz. En B. Molina y F. Muñoz (Coords.). *Manual de paz y conflictos*, Granada, Universidad de Granada, pp. 427-444.

Sacipa, Stella (2003) Lectura de los significados en historias del desplazamiento de una organización comunitaria por la paz. *Universitas Psychologica*, 2, 1, pp. 49-56.

Sánchez, Mariela (2009) La cultura de la paz: teorías y realidades. *Pensamiento Jurídico*, 26, pp. 113-142.

Shotter, John (2001) *Realidades Conversacionales. La construcción de la vida a través del lenguaje*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Sistema integrado de información sobre violencias de género - SIVIGE (2020) *Indicadores de violencia de género. Colombia. 2015 – 2018*. [En línea] <http://onviolenciasgenero.minsalud.gov.co/Paginas/sivige.aspx> [Consultado el 25 de marzo de 2020].

Sluzki, Carlos (1996) *La red social: frontera de la práctica sistémica*, Barcelona, Gedisa.

Tomm, Karl (1988) La entrevista como intervención. Parte II: Las preguntas reflexivas como forma de posibilitar la auto – curación. En M. Beyebach y J. Rodríguez-Arias. (Comps.). *Terapia Familiar. Lecturas I*, Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, pp. 53-76.

Torres, Alfonso (2009) Memorias de luchas y organizaciones populares en Bogotá. En *Memoria XIV Congreso Colombiano de Historia*, Bogotá, Fondo Editorial Universidad Distrital Francisco José de Caldas, pp. 65-78.

Von Foerster, Heinz (1998) *Sistémica elemental desde un punto de vista superior*, Medellín, EAFIT.

White, Michael (2002) *Reescribir la vida. Entrevistas y ensayos*, Barcelona, Gedisa.

Wieland, Carsten (2009) Diez tesis sobre el cambio del conflicto en Colombia. *Papel político*, 14 (1), pp. 317 -328. [En línea] <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=77720764014> [Consultado el 23 de marzo de 2016].

PROCESO EDITORIAL ▶ EDITORIAL PROCESS INFO

Recibido: 17/05/2019 Aceptado: 03/03/2020

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO ▶ HOW TO CITE THIS PAPER

Gómez Duarte, María del Pilar, González López, Luis Eduardo (2020) Agentes de paz: la potencia generativa de lo cotidiano. *Revista de Paz y Conflictos*, Vol.13 (1), 125-148.

SOBRE LOS AUTORES ▶ ABOUT THE AUTHORS

María del Pilar Gómez Duarte es Psicóloga de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá – Colombia y Magister en Intervención en Sistemas Humanos de la Universidad Central, Bogotá – Colombia. Con conocimientos investigativos y prácticos en psicología sistémica - construccionista social. Su experiencia profesional ha estado orientada hacia el diseño y acompañamiento de procesos que fomentan la transformación y el empoderamiento individual y comunitario. Ha trabajado en el proyecto Iniciativas Ciudadanas para la Transformación de Realidades con Compensar y fue docente de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

Luis Eduardo González López es Psicólogo de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá – Colombia, Máster en Terapia Familiar y de Pareja de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid – España, Máster en Formación del Profesorado de ESO – Orientación Educativa de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid – España, Profesor Asistente de la Maestría en Intervención en Sistemas Humanos de la Universidad Central, Bogotá – Colombia. Profesor del Énfasis en Culturas de Paz del programa de Psicología de la Pontificia Universidad Javeriana. Cuenta con más de 10 años de experiencia como psicoterapeuta y consultor sistémico, habiendo trabajado particularmente con poblaciones en condiciones de extrema pobreza, vulnerabilidad social, personas privadas de la libertad, víctimas del conflicto armado colombiano, inmigrantes y colectivos LGBTI.